

## Madriguera

—¡Me hace cosquillas!

—¡Los dientitos hacen ña-ña-ña!

Jugaban sobre los escombros, entre ramas y hojas, sus rizos de bebé dibujados contra el cielo gris postormenta. Escarbaban por algo que yo no podía distinguir. Me acerqué y, al verme, ambas apagaron las risas; se miraron una a la otra con esa complicidad que antes compartíamos los tres, pero que recientemente me había sido retirada. Cristina me observaba con ojos grandes y redondos. Zoé, con cierta desconfianza, como un animalillo no completamente domesticado.

El mundo de mis hijas se había cerrado, igual que el acceso al mundo exterior. Estábamos rodeados por escombros, atrapados en medio del monte, y la naturaleza creaba división entre nosotros mismos: para mí, todo lo que era gentil y generoso de la tierra se había vuelto peligroso y tóxico; para ellas se había convertido en un canto de sirena que despertaba lo antes desconocido. Ni siquiera mostraban miedo.

Y allí estaban, su juego interrumpido esperando a ver qué yo hacía. Percibí movimiento bajo las hojas alrededor de Cristina. Ella soltó un chillido de deleite:

—¡Cosquillas!

Mi hija menor reía mientras se enroscaba, en su piernita regordeta, el rabo largo de una rata.

Dormiremos en el País de las Maravillas, les había dicho la noche de la tormenta, tratando de sonar tranquilo, como si se tratase de una vacación. Ese era el nombre que, de broma, le dábamos a la covacha de cemento, un cuartito lleno de todo tipo de cachivaches: juguetes viejos, cajas de fotos, crayolas, escarcha, herramientas, luces de Navidad, bicicletas y comida de perro. Siempre guardaba sorpresas y, por ser el único lugar que quedó con techo, se convirtió en refugio. Ahí pasamos el huracán, apiñados entre la podadora y la máquina de lavar, sobre las únicas toallas que quedaban secas.

Al día siguiente, tan pronto se pudo salir al patio, las nenas comenzaron a trabajar.

—No necesitamos tu ayuda, papá —me advirtió Zoé con voz de campanita—. Vamos a hacerla solas.

Hablaba de remplazar la casa de juego que yo les había construido hacía un año a ella y a su hermana y que acababa de volar, hecha cantos, ladera abajo. Pero igual pudo haberse referido a la casa grande, la nuestra. Los vientos le habían arrancado el techo y las paredes que daban al norte y al este, convirtiéndola en una casa de muñecas de tamaño real a la que el huracán, con su gran ojo, se asomó y con la que jugó, reacomodándola a gusto.

—Voy a usar estas —dijo Cristina cruzando un charco de hojas e insectos ahogados para mostrarme las piedritas que acababa de recoger—. Verás, papá, la casa nueva será tan linda como la que se rompió.

—¡No seas, estúpida, Cristi!

Zoé le tumbó las piedritas de la mano a su hermana menor y cayeron, ahogándose también en el charco. Necesitamos piedras más grandes que esas. Y la nueva casita será mucho mejor que cualquiera que hayamos tendido.

Aquella discusión me pareció simpática y me alegré de que las niñas tuviesen un proyecto para distraerse, algo que hiciera los días soportables. Jamás pensé que terminaría encrespándome la piel.

-●-

Fue mi decisión vivir alejado de la ciudad; quería que las niñas crecieran con tenis enlodados y fango bajo las uñas. Sofía trató de suavizar en ellas las asperezas del campo. Mastiquen con la boca cerrada, niñas, péinense y, por Dios, lávense las partes importantes antes de acostarse a dormir. Pero la buena educación y los hábitos de aseo se han ido a la porra y las cosas que recalca Sofía, como Sofía misma desde que nos dejó, ya no importan.

Lo peor de la tormenta no es la destrucción sino la soledad. Inmensos troncos caídos, escombros y derrumbes obstruyen todo acceso a nosotros y nos separan de la civilización, si lo que hay allá afuera puede llamarse así. Al principio, mantuve la cuenta de cada día que pasaba, pero todos eran iguales: cortar ramas desde que salía el sol hasta que caía, hundido en lodo, perdiendo la pelea contra los mosquitos. El cansancio me desorientó; a veces contaba el mismo día dos veces, a veces me los saltaba. Ahora mido el tiempo solo en relación a cuánta comida queda; lo importante es que yo logre sacarnos de aquí antes de que se acabe el agua de beber.

-●-

Las niñas hacían bolitas de barro, amarraban palitos, colocaban piedras y le daban forma a lo que parecía menos una casita que un cascarón de huevo. Mis reinitas, me dio por llamarlas, porque iban y venían como pajaritos al nido, sin descansar. Me convenía que se entretuviesen y, ocupado como estaba, no le presté más atención a su progreso ni al extraño detalle de que, a pesar de tanta laboriosidad, la construcción no aumentaba de tamaño, por lo menos en lo que se

podía apreciar desde afuera. Solo ahora, demasiado tarde, me doy cuenta que era una madriguera y que, desde el principio, estaban excavando túneles.

-●-

—¿Bartolo va a estar bien, verdad, papá? —había preguntado Cristi.

La tarde de la tormenta, los tres buscamos al perro por los alrededores, pero no valieron ruegos ni promesas de salchichas. Cuando comenzaron los vientos salí solo, recorrí el perímetro llamándolo hasta que las ráfagas cobraron fuerza. Al verme regresar, Zoé comprendió que su perro pasaría la tormenta afuera y empezó a llorar, lo que hizo que Cristi llorara también.

—Ya verán que estará bien —dije, abrazándolas.

—Los animales saben cuándo viene algo malo y se esconden.

Me gustaría volver a tenerlas así de cerca, poder pasar la mano por sus cabecitas, no importa cuán emplastadas de tierra e infestadas de gusanos estén. No importa que se hayan vuelto ariscas.

-●-

Un buen padre no deja que sus hijas jueguen con ratas. Aunque la mayor insista que son amigables, que no muerden. O que la menor patalee.

—¡Salgan de ahí! —grité al ver aquel rabo enroscado en la pierna de Cristina. No se me ocurrió cuestionar la extraña familiaridad que había entre las ratas y mis hijas, que Zoé insistía que eran amigables y Cristina la estaba pasando bomba. Lo único que ocupó mi mente fue agarrarlas y sacarlas de allí a jalones. Les restregué las manos, los brazos y las caritas sin considerar que les dolía.

—¡Podrían morirse! —grité.

—¡Esos animales son sucios y pegan enfermedades que matan!

Zoé y Cristina lloraban, pero no me importó.

—¡Les prohíbo volver allí! —increpé, apuntando a la madriguera, y los sollozos de Cristi se tornaron tan seguidos y violentos que casi no podía respirar. Me dio pena haberla asustado así.

—Ya, ya —intenté calmarla.

—No vas a morirte. Te prometo que nada malo va a pasar.

—¡No, no, no! —chillaba, cada vez más agudo, al punto que la voz no parecía venir de ella.

—¡Para ya! —le grité, sacudiéndola por los hombros.

La idea de que mis hijas pudiesen morir allí en el monte me llenaba de pánico, y no sé si estaba tratando de tranquilizar a Cristina o convencerme a mí mismo.

—¡Vas a estar bien! —insistí, agarrándola fuerte.

—¡Déjala, papá! —intervino Zoé.

—Ella sabe eso.

—¡Es verdad, no tengo miedo! —despepitó Cristina.

Entonces, limpiándose los mocos susurró: Solo quiero volver a mi casita. Por favor déjame volver a mi casa. El hecho de que yo le impidiese regresar a la madriguera la llenaba de pánico. ¿Acaso no estaba bien conmigo? Aquel hueco tenía un poder sobre mis hijas que yo no entendía. Y, sin embargo, más tarde ambas dormían como si nada sobre el piso del País de las Maravillas. Así son los niños, pensé. Se adaptan. Zoé le echaba el bracito a su hermana, como protegiéndola, y Cristina se chupaba el dedo, el mismo que horas antes había acariciado a la rata.

-●-

Cada noche salía a fumar (me permitía solo un cigarrillo para rendir la cajetilla) y, mientras soplaba anillas de humo que se perdían en la oscuridad, afinaba el oído para distinguir entre los sonidos de las ranas y de los insectos. La población de coquíes había amentado —su coro se tornaba más agresivo cada noche— y había también más grillos, sapos y caculos. El aire pesaba, preñado del croar y de sus zumbidos. La vibración me oprimía las sienes y llegué a fantasear que se acercaba el día en que ellos tomarían las riendas, un pensamiento que ahora entiendo era estúpidamente ingenuo. El hombre jamás ha tenido el control. Nos engañamos con una ilusión de dominio que algún día será aplastada por tropas de ranas, grillos, mosquitos, cucarachas y ratones que, habiendo perdido sus casas, saldrán errantes, tan desesperados y confundidos como nosotros, sin saber dónde instalarse ni qué va a pasar. Ese día, la tierra se virará de adentro hacia fuera y se borrarán las distinciones falsas entre humano y animal.

-●-

—Hay alguien cerca—avisó Zoé la primera vez que vio luces al otro lado del bosque caído.

—¡Shh! ¡Quietas! —reaccioné.

Lo natural hubiese sido empezar a gritar y pedir ayuda. En vez, les ordené a las niñas que no hicieran ruido.

—Si llegan hasta acá, corran a esconderse en su casita. ¿Pueden encontrarla en la oscuridad?

Ambas asintieron sin titubear y me pregunto si para ese momento ya se escapaban del País de las Maravillas por las noches, aprovechando que yo quedaba rendido de hambre y cansancio, para dormir más a gusto en su madriguera.

Los tres permanecimos callados e inmóviles junto a la puerta de la covacha. Los círculos de luz flotaban a lo lejos, perdiéndose y volviendo a aparecer detrás de la maleza, sin apuntar a nada en específico. No podía explicarlo, pero les temía. No había voces que acompañaran las luces, ni siquiera un “hola ¿hay alguien ahí?”, y tanto silencio me preocupaba. Sabía que nadie bueno estaba tras aquellas linternas.

-●-

Mi cuerpo se acostumbró a funcionar con el alimento mínimo. Antes de la tormenta, comer lo mismo dos días corridos me causaba hastío, pero aprendí a agradecer la misma ración de galletas de soda un día tras otro; comía concentrado y de prisa, mirando solo el plato como hacía Bartolo antes de que se perdiera.

—Coman algo—les insistía a las niñas, ofreciéndoles galletas, que era lo único que quedaba. Ellas me miraban sin comprender y se iban corriendo a jugar. Habían perdido los rollitos, pero no estaban débiles, sino por el contrario: en una ocasión vi como Cristina brincó sobre una roca casi de su altura y ambas se escurrían rápidamente entre los escombros. Tenían que haber estado alimentándose; quizás de lagartijos.

-●-

Pasaba las noches a lo oscuro junto a la lavadora, arropado por mi toalla sucia y pendiente de los merodeadores. No me atrevía a prender la linterna ni las velas por temor a llamar su atención. Me espantaba pensar lo que nos harían, especialmente a las niñas.

A ellas parecía no importarles la oscuridad. Hasta se escapaban de la covacha —empecé a fingir que dormía y ellas creían que no me daba cuenta— para dedicarse a lo que supongo eran cacerías y forrajes nocturnos. De hecho, su visión se había desarrollado y se manejaban dentro del bosque negro como si fuese normal. Algunas noches, podía distinguir el sonido de sus pasos sobre el coro de insectos y ranas; me las imaginaba escondidas entre los arbustos o detrás de alguna piedra acechando la cena. Al principio temí que se perdiesen, pero nunca salí a buscarlas; ni siquiera las llamé a que entraran. Es lo que un buen padre hubiese hecho, excepto que me pareció inútil.

-•-

Da trabajo sacar a un murciélago de un cuarto, y más con dos chiquillas metiéndose en el medio. Cristina y Zoé no tenían miedo —un murciélago dentro de la casa es común en el campo— así que las dejé entretenerse. Lo perseguían, chillando, mientras yo lo espantaba con una escoba.

—¡Yum, yum! —chillaba Zoé.

—¡Yum, yum! —repetía Cristina.

Al principio pensé que era solo un juego. Hasta que, de un salto, la grande casi muerde al animalito.

—¡No hagas eso! —la regañé.

—¡Te puede caer caca de murciélago en la boca!

—¡Caca, caca! —rieron ambas, mordisqueando el aire con más ahínco.

—¡Yum, yum!

—¡Se acabó! —grité.

—¡No más juego! ¡Lárguense al patio!

Las niñas estaban resultando más molestosas e inconvenientes que el pobre murciélago, y yo las quería afuera más que al animal. Pero ni Zoé ni Cristina me hacían caso. Seguían persiguiéndolo, corriendo entre mis piernas, chillando de manera ensordecedora. Agarré a la grande por el brazo para sacarla, esperando que protestaría, o pataletearía tal vez; nunca ese giro repentino, ese movimiento rápido y salvaje que no parecía humano. Ni siquiera sentí el dolor de la mordida hasta después.

—¡Papá malo! —gritó Zoé, como justificando su acción.

Había trazos de sangre en su labio inferior. En mi pierna, la sangre comenzaba a asomarse por las hendiduras donde sus dientes habían roto piel.

—¡Malo, malo! —coreó Cristina.

Se me lanzó encima, abrió la boca y me clavó el círculo perfecto de dientitos de leche en el antebrazo. Me la sacudí instintivamente, más fuerte de lo que hubiese querido contra la lavadora. Aterrizó con un golpe sordo y se quedó quieta.

Corrí hacia ella. Le pregunté si estaba bien, pero Cristina ni se movió ni contestó. Anochecía y, como en la penumbra de la covacha no podía verificar si se había hecho daño al caer, desesperado hice una excepción: prendí la linterna y le iluminé la carita. La luz rebotó, plateada, contra dos ojos de canica. Por un segundo se quedó quieta, observándome; entonces, me mostró los dientes y escupió.

Ya las niñas no pasaban tiempo conmigo. Habían abandonado el País de las Maravillas por completo, y yo solo sabía que estaban cerca porque escuchaba su ir y venir en el patio, sus entradas y salidas de la madriguera. En esos momentos mi puerta se mantenía cerrada.

Una noche escuché un ras, ras, ras afuera. No eran las niñas —yo conocía sus movimientos— y, como no había fulgor de linternas, dudaba que fuesen los merodeadores. Entreabrí, y al asomarme, reconocí la silueta del perro bajo la tenue luz lunar.

—¡Bartolo! —susurré, tratando de contener la emoción de saber que no estaba muerto. Traté de llamarlo hacia mí sin alertar a las niñas.

—¡Bartolo! ¡Bartolito! —vinieron las voces de campanita desde al patio.

Era demasiado tarde. Ya ellas lo habían olido.

—¡Ven, Bartolo! —ordené y el pobre me miró, confundido; luego miró hacia la madriguera.

—¡Bartolito! ¡Bartolito! —insistían ellas, con tanta ternura.

—¡Aquí! —grité, ya sin cuidar el volumen.

Pero el perro enfiló hacia la madriguera meneando la cola. Supe que no lo volvería a ver.

-●-

Sabía que llegarían; era cuestión de tiempo. El sigilo de sus movimientos, el silencio que acompaña la luz de sus linternas, adelanta su crueldad. Tampoco escucho sonido alguno salir de la madriguera, pero adivino que las niñas ya saben

que ellos están aquí. Los coquíes y los grillos sí los reciben haciendo escándalo, como fanáticos en un estadio al ver llegar al equipo favorito.

No hay País de las Maravillas. Ningún lugar proveerá protección contra los círculos de luz que se aproximan. Observo, escondido tras un árbol, cómo siluetas —uno, dos, tres hombres— entran y salen de la covacha, luego le dan la vuelta a la casa destrozada. Uno se detiene y apunta la linterna hacia mí. Los otros le siguen. Desde donde estoy, podría correr hasta la madriguera sin que me alcancen, pero no logro moverme. Paralizado, siento que la tierra bajo mis pies está más viva que nunca, que hierve con temblores de lombrices y traqueteos de caculos. Escucho un leve zumbido: los insectos escarban túneles y se conectan con mis niñas, o con lo que sea que se han convertido. Un buen padre estaría ahora mismo con sus pequeñas. La madriguera está cerca. Me daría tiempo. Mientras tanto, los círculos de luz crecen en tamaño e intensidad.